



RT Ciudad, 60 * 100 cm, 1996

Artaud, todavía¹ reúne la correspondencia entre el mexicano guatemalteco Luis Cardoza y Aragón (1901-1992) y Paule Thévenin (1918-1993), la devota pasante en medicina transformada en editora que consagró más de 50 años de su vida a la edición de la obra de Antonin Artaud. El libro incluye un prólogo, “Para acabar con la edición de Antonin Artaud”, dos apéndices, una carta de Paule Thévenin y un ensayo de Luis Cardoza y Aragón sobre el autor de *El teatro de la crueldad*. El presente volumen forma parte de una trilogía que cierra y que componen sendos libros sobre André Breton y Benjamin Péret en México, que Fabienne Bradu (París, 1954) ha venido escribiendo y publicando, investigando y documentando desde hace algunos años.

Este libro, dice ella, es, aunque no lo parezca, el que más trabajo le ha costado. Le creo. El libro reúne diversas presencias entrañadas y entreveradas con la historia de una vocación literaria: la mía. Los libros tienen la virtud de catapultar las almas más allá de los fosos y de las murallas hacia lo alto y este no es un libro que pueda yo leer como si fuese un árbitro aséptico y neutral, o uno de esos enfermeros que atendían a Artaud en Rodez.

Artaud, todavía es un libro difícil de leer, pues es como una maleta llena de gente conocida, parafrasear la voz de Antonio Tabucchi sobre Fernando Pessoa, quien compartió con Antonin Artaud, de un lado, la pendiente esotérica y el conocimiento peligroso del mago británico Aleister Crowley y, del otro, la incomodidad con la primera persona del singular: el llamado yo. Está aquí, cautivo, el genio metálico y la generosidad abierta y franca del gran poeta Luis Cardoza y Aragón, quien conoció a Antonin Artaud en París de 1922, y no sólo fue su guía y Virgilio por los antros e infiernos

Artaud todavía

Adolfo Castañón

del México de los años treinta, sino que vino a ser una suerte de albacea y pieza indispensable a la hora de armar las obras de Antonin Artaud para la Casa Gallimard.

Luis Buñuel decía que si John Steinbeck hubiese nacido en Honduras, nunca le hubiesen concedido el Premio Nobel; se puede decir con un grano de sal que Luis Cardoza y Aragón fue uno de los poetas y escritores surrealistas más completos en todas las lenguas y que sólo el azar del famoseo no le ha permitido ser más reconocido en las tierras húmedas de Europa.

El libro me transporta a la casa del Callejón de San Francisco donde vivía esa pareja admirable que fueron Lya Kostakowsky y Luis Cardoza y Aragón, uno de cuyos primeros libros fue prologado —ni más ni menos— por ese otro surrealista solapado que fue Ramón Gómez de la Serna.

Fui muchas veces a esa casa cuando todavía la habitaban Lya y don Luis. Recuerdo que al trasponer el umbral olía agradablemente a café turco recién hecho. La sala, muy amplia, tenía cuadros maravillosos de los amigos pintores de Cardoza, un Picasso, un Magritte, dos Braque, un Kandinsky, un Mérida, dos o tres Tamayos y, desde luego, artesanías prehispánicas. Había un patio luminoso al que salía don Luis a respirar al atardecer el olor de madreSelva. Arriba estaba el estudio y la biblioteca. Esa parte de la casa sólo la conocí cuando don Luis ya había enviudado, y el Fondo de Cultura Económica había publicado su libro de memorias, *El río, novelas de caballería*, cuyo manuscrito fui yo mismo a recoger una tarde de fines de los años ochenta para llevarlo a la editorial. Cuando por fin subí al cuarto de don Luis, me sorprendió la ascética condición de aquella amplia recámara donde había sólo cuatro objetos: una cama monacal, una mesa de madera y dos sillas. Don Luis estaba escribiendo su libro sobre Miguel Ángel Asturias y aquella tarde me leyó algunas páginas de aquel manuscrito incendiario. Don Luis me parecía como un pájaro de abrasadora

vivacidad y lucidez, como decimos en México. No se le iba una, y esa una que no se le iba la guardaba y la volvía a sacar cuando juzgaba oportuno. Cardoza todavía me daría sin saberlo otro regalo. A principios de los años noventa, poco después de morir don Luis, fui a la ciudad de Antigua Guatemala. Me dijeron que todavía vivía la hermana de don Luis y fui a visitarla. Sorpresa: la señora se parecía mucho a su hermano pájaro. No sólo eso. La casa olía también a café turco recién hecho. Luego, en México, volví a la misma casa, ya convertida en Fundación, atendida por Andrea y Eugenia Huerta, y, al visitarlas, sentí pasear por ahí las manos de sombra de Cardoza y Aragón y de Lya Kostakowsky, hembra aguerrida y de armas tomar, pero también señora hospitalaria cuya gentileza evocaba la de los rusos blancos desterrados en París.

El segundo personaje activo en este volumen es el de la editora Paule Thévenin (1918-1993), la esposa del médico Yves Thévenin (1914-1981), cuyo retrato hizo el propio Antonin Artaud y que atendió al poeta de una severa irritación de la piel en Rodez. A partir de que Paule Thévenin trabó conocimiento con Antonin Artaud al salir del hospital psiquiátrico de Rodez, Paule Thévenin —como dice Florence de Mèredieu en la biografía *C'était Antonin Artaud*² (*Era Antonin Artaud*)— “se consideraba como investida de una misión y consagró gran parte de su vida al establecimiento de una edición de las obras de Antonin Artaud. A ella se debe la constitución y reunión de los muy completos archivos sobre Antonin Artaud que actualmente conserva la Biblioteca Nacional de Francia”. Thévenin —cito ahora a Fabienne Bradu— se vio por diversas circunstancias convertida en:

[...] editora de los veintinueve volúmenes de las *Obras completas* y del vía crucis que le significaron el desciframiento y la transcripción de los manuscritos de Antonin Artaud. [...] El anonimato fue la condición impuesta a Paule Thévenin para consagrar su vida a la supervivencia

de la obra. En ninguno de los tomos publicados por Gallimard aparece su nombre y las abundantes notas que guían la lectura son apócrifas. [...] La existencia de Paule Thévenin y de la obra misma de Antonin Artaud descansa en una monstruosa paradoja: para que ésta exista, tuvo que desaparecer aquélla, y el sacrificio selló la vida de Paule Thévenin como única razón de su existencia (p. 13).

Paule Thévenin murió sin elucidar el enigma que se convirtió en su razón de ser: ¿por qué Antonin Artaud la había escogido a ella para ser, a un tiempo, la depositaria y la editora de su obra? El pacto que unió sus vidas de una manera absolutamente inédita fue tácito y secreto, incluso para ellos dos. Antonin Artaud la bautizó “Ofelia” en el retrato que hiciera de ella poco antes de morir y habría que admitir que hay filiaciones más fieles que las de la sangre, y, pese a las apariencias, fidelidades más inquebrantables que las que ostentan otras Ofelias legítimas.

Hace muchos años —asegura Paule Thévenin— un día que le hablaba del don que se me había hecho, Jean Genet me contestó que era un regalo emponzoñado. Calculo que quería decir que a mi alrededor la vida iría apesadumbrándose de soledad. Pero estoy casi segura de que se equivocaba. El fuego que me entregó Artaud, ni siquiera la muerte podrá apagarlo [...]

Paule Thévenin tampoco cabría en la categoría de “especialista” en Antonin Artaud, aunque sin duda fue la persona que más lo conoció en la otra vida que fue para él su obra. Médica de formación, Thévenin lo abandonó todo para improvisarse “como editora” (p. 13). Cardoza se expresa así sobre el trabajo editorial de Paule Thévenin:

En su trabajo gigantesco de estas *Obras completas* hay, además de competencia, profundo fervor. Es prodi-

gioso Artaud escribiendo tanto, infatigable, impulsado por sus demonios, drogado, delirante, lleno de caos y relámpagos. Trabajo de una vida ha sido la suya. Y he advertido los obstáculos (hasta familiares) que se han interpuesto para llevarla a cabo. La historia del linaje de Artaud es toda una faena (pp. 120-121).

El otro personaje que se asoma en este cuadro es, por supuesto, Antonin Artaud, en persona y en obra, en sombra y escritura. La materia de la correspondencia que va de 1950 a 1989, 49 años, el tema sujeto a examen e investigación son los escritos publicados o emitidos por Antonin Artaud durante su viaje a México, a la ciudad capital y luego a la Sierra Tarahumara en el año de 1936; textos que fueron publicados por Luis Cardoza y Aragón en el libro titulado *México* firmado por Antonin Artaud, cuyas traducciones y transcripciones se deben en parte al propio Luis Cardoza y luego a diversos autores como Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Agustín Lazo, Alberto Ruz Lhuillier, entre otros. En francés, los escritos de Artaud sobre el viaje a la Sierra Tarahumara aparecerían como “retranscritos del español” por Marie Dezón —seudónimo de Paule Thévenin— Philippe Sollers. Dice Cardoza de Artaud en *El río*: “De Artaud, el incandescente y visionario, habita este libro como una suerte de bajo continuo o de crónico zumbido auricular como el de la rinitis: está ahí inasible e imperceptible, devorador y haciendo su aparición en forma intermitente exaltando su propio misterio (Bradu, pp. 16-17)”. ¿Quién era Artaud? ¿Qué tipo de inteligencia subversiva representaba? ¿Qué buscaba en México? ¿Qué encontró en la Sierra Tarahumara? Poco puede decirse. Pero acaso valga citar el breve texto que Alfonso Reyes escribió sobre Antonin Artaud al final de su vida, donde además recoge dos cartas poco conocidas que no citan ni Bradu ni Mèredieu, y que al parecer tampoco se incluyen en las *Obras completas* de Antonin Artaud.

* * *

Artaud No se juega infamemente con los Dioses³

Por Alfonso Reyes

Acaba de publicarse con lujo de estruendo el libro del infortunado Antonin Artaud, *Les Tarahumaras* (L'Arbalette, Decines, Isère). Posible es que la obra consagrada al *peyotl* por el Dr. Rouhier, y aun mi poema *Yerbas del Tarahumara*, publicado por la revista *Commerce*, en traducción francesa de Valery Larbaud (París, verano de 1929), hayan movido la curiosidad de Antonin Artaud.

El libro es una falsificación poemática y pseudo-mística en torno a la magia del *peyotl*. Pero ya sabemos que la verdad poética es otra especie de verdad y, como varios lo hemos dicho ya por allí, se reduce a sacar conejos del sombrero o a pedirle peras al olmo con éxito.

En esta obra se recogen cartas, o fragmentos de cartas de Artaud a varios amigos: a Balthus, al Dr. Allendy, a René Thomas, Marc Bauhezat, a Henri Parisot y a Jean-Luis Barrault. Por cierto que éste ha tomado tan en serio las fantasías retóricas de Artaud que, según me dijo durante una reciente temporada en México, se propone volver a nuestro país para conocer de cerca los misterios de los Tarahumaras. Yo le contesté con la frase que se atribuye al moribundo Émile Faguet, cuando un sacerdote quiso confesarlo y recordarle que iba a comparecer en la presencia de Dios: “¡Qué decepción va a llevarse el pobre!”.

Revuelvo mi archivo. Poseo documentos sobre el viaje a México de Antonin Artaud. En París, a 4 de octubre de 1935, me dirigió una carta al Brasil en que me anunciaba su proyectado viaje y, por indicación de Jean Paulhan y Benjamin Crémieux, me pedía algunas orientaciones. Yo vertí lo esencial de esta carta en la siguiente que se explica sola y tiene el valor de una preparación de artillería.

El 4 de febrero del siguiente año, a bordo del Siboney, Artaud me escribe nuevamente a Río de Janeiro (traduzco):

En octubre último le escribí a usted para hablarle de mi posible viaje a México, y usted tuvo la amabilidad de decirme en su respuesta que ya preparaba usted el terreno. Hoy el viaje es ya un hecho. El viernes 7 de febrero en curso llegaré a México. Usted ha comprendido que mi propósito es manifestar de un modo concreto, inmediatamente asimilable, ciertas ideas que figuran en un estado mítico en algún estudio mío como *El teatro y la peste*. Usted habrá visto que cierta zona de la inteligencia francesa, la más joven y a la vez la más desesperada —pero sólo los muertos lo desesperan ya— tiene los ojos vueltos hacia México. Hoy por hoy una sola corriente agita al mundo y la fuente mágica brota en la tierra a la que yo he deseado ir y adonde llegaré en un par de días. Me figuro, señor Embajador, que puedo contar con usted para facilitarme la

tremenda tarea que emprendo, y en esta confianza, le saludo devotamente. Mi dirección: Embajada de Francia en México.

Nueva carta que también traduzco, de México a Río de Janeiro, 16 de abril de 1936:

Me autorizó usted a hablarle con toda franqueza. Más aún: me invitó usted a hacerlo.

Visité al señor Ceniceros, y en él he encontrado algo más que un amigo: un verdadero aliado. Gracias a él he dado tres conferencias en la Universidad de México. He dicho lo que tenía que decir.

Daré otra nueva y breve conferencia en la Lear, sobre la “Revolución universal y el problema moderno”. Diré cuanto me propongo, respecto a la absoluta necesidad en que está México de romper con todas las formas de la civilización europea, industrialismo, maquinismo, marxismo, capitalismo y esa terrible forma del capitalismo eterno que es el capitalismo de la conciencia humana, la capitalización de los conceptos y de los datos surgidos del espíritu dualista de Descartes y que han aniquilado el espíritu de la vida. Todo esto me propongo decir.

Ya mis ideas, no bien comprendidas mientras hablé en francés, parecen irse abriendo paso en cuanto di con traductores inteligentes. Gracias a ellos, todas mis conferencias se publicarán en *El Nacional*.

Para coronar mi trabajo, he pedido al señor Ceniceros una “Misión”: me basta una sencilla comisión de escritor, de artista. Quiero enfrentarme con razas puras, que quedan tan pocas. Quiero estudiar los ritos, las danzas de los indios. No sacaré de aquí un mero libro de descripciones. Yo creo en una fuerza mágica, de que estos ritos son algo más que la mera transcripción alegórica. Esta fuerza se viene perdiendo desde que se persiguen y prohíben estos ritos so color de acabar con las supersticiones. Pero hay más superstición en la Ciencia Moderna que en los ritos de los indios. Las fiestas cívicas con que México quiere reemplazar tales ritos y que artistas y escenificadores copian las manías estéticas de Europa, operan bajo el impulso de una inspiración individual e incoherente y no logran, a mi modo de ver, más que crear un verdadero estado de anarquía. Para mí, naturaleza, mundo, humanidad debieran recuperar su unidad. Hay leyes, hay una necesidad cósmica de la que las danzas y fiestas indias son una manifestación. En suma, he pedido una Misión para ir en busca de la fuerza antigua y caracterizarla.

He recogido informes privados. Sé adónde tengo que ir. No traeré de allá un libro de arte, sino en suma un libro de teoremas. Y la lengua, vibrando según el estímulo de esta fuerza tratará de expresar sus leyes. Es cosa que puede hacerse, no es una utopía. El Gobierno Mexicano ha consentido en facilitar esta misión. Espera mi libro y me concede libre transporte en todos los ferrocarriles. Los gobernadores locales me darán su apoyo, me llevarán aquí y allá. Pero, para lo demás, tanto el Gobierno de México como el de Francia dicen no tener dinero. Yo he venido aquí sin un centavo, decidido a arriesgarlo todo con tal de encontrar lo que busco. Pero necesito economizar mis fuerzas y no desfallecer en el camino. Necesito encontrar algunos recursos, lo indispensable para sostener la jornada. La suma no ha de ser enorme y he de juntarla antes de emprender el viaje. Pero juntar dinero para una idea metafísica puede parecer en esta época una locura. Y es fuerza que esta locura se realice. Deben aún quedar por allí algunos comerciantes, coleccionistas, aficionados al arte capaces de sacrificar una suma por una idea. Para partir de México, la ciudad y discurrir por el norte del país durante tres meses ya usted comprende lo que hace falta. Se obtienen más fondos para los arqueólogos que saben explicar, situar, *fortificar* lo que encuentra, porque son sabios. Esta vez, un poeta se ofrece a encontrar algo objetivo, a enlazar sintéticamente los datos plásticos como forma y fuerza de la vida. Creo, Alfonso, que si usted se lo propone puede usted encontrar esto. Usted ha de saber a quién se puede acudir en México o en el Brasil.

No me diga usted que la poesía a nadie le interesa. Hay una manera de presentar a los ricos los objetivos verdaderos, humanos, científicos de la poesía. Quiero reconciliarlos con la poesía. Hacer de ella una fuerza activa, concreta, asimilable a todos los hombres, una fuerza de curación. Todavía quedan en el mundo los secretos de la curación. Para la curación bastan las fuerzas puras, las del espíritu primitivo, de frente generatriz. En ello anhelo trabajar, y descubrir el secreto de aquellas culturas. Estoy ya con el pie en el estribo. Espero el último empujón. Toda mi gratitud y mis disculpas. Saludos, etc.

Infortunado. Algunas de sus páginas fueron escritas en el asilo de Rodes Ivry-sur-Seine en 1947. Allí confiesa sus delirios. El *Tutuguri*⁴ está firmado el 16 de febrero de 1948. No se juega infamemente con los dioses.

* * *

El blanco donde apuntan las flechas de esta correspondencia editorial son los veintiséis tomos de la obra completa de Antonin Artaud, editados por Ediciones Gallimard a lo largo de varias décadas. Leo esta correspondencia como un homenaje a Antonin Artaud, al cuerpo escrito de su obra excepcional e intrincada.

La edición de Paule Thévenin —a quien casi se tiene la tentación de llamar santa por su consagración a la obra de este poeta y vidente— fue objeto de controversia y discusión casi desde un principio. Esta correspondencia y los testimonios de Paule Thévenin y Luis Cardoza y Aragón dan cuenta de esta odisea imponente y pavorosa que tuvo lugar en el territorio de la Sierra Tarahumara, situada al norte de México. Esta aventura puede y debe hacer reflexionar al lector y al investigador sobre lo que podría llamarse el sentido espiritual de México. Pero la reconstrucción de esta aventura se debe a una persona singular: Fabienne Bradu Cormier, francesa nacida en 1954, en el año del caballo, que llegó a México a fines de los años setenta. Es conocida por su biografía de Antonieta Rivas Mercado, sus biografías de mujeres *Damas de corazón* y sus trabajos sobre André Breton y Benjamin Péret y México. El libro que hoy se presenta *Artaud, todavía. Correspondencia de Luis Cardoza y Aragón y Paule Thévenin (1950-1989)* se inscribe en ese proyecto o trazo. Además, Bradu ha trabajado sobre escritores como Octavio Paz, Gonzalo Rosas y Juan Rulfo. El gobierno de la República Mexicana le otorgó en 2007 la condecoración del Águila Azteca. Es investigadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Fue miembro del consejo de redacción de la revista *Vuelta*, dirigida por Octavio Paz, y ha publicado además de novelas, como *El amante japonés*, ensayos sobre la fotógrafa Graciela Iturbide. Versada en el conocimiento de la moderna cultura y literatura francesa, ha sido también una atenta recolectora de los frutos de la amistad.

Artaud en su trayectoria se cruzó con “todo lo que cuenta en la vida intelectual y cultural de la primera mitad del siglo XX: surrealismo, expresionismo, teatro, cine, música, poesía, sin contar la experiencia —fundamental— de la locura”, dice Florence Mèredieu en

“Para terminar con toda biografía”, preámbulo a su biografía *Era Antonin Artaud (C'était Antonin Artaud)*.

De ahí que —dice Mèredieu— “establecer una biografía de Artaud equivale a reconstruir la vida intelectual de esa época que se extiende desde fines del siglo XIX hasta los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial”. Ese es el paisaje contra el cual se recorta la correspondencia Luis Cardoza y Aragón/Paule Thévenin reunida por Fabienne Bradu en “Para acabar con la edición de Artaud”, prólogo a *Artaud, todavía*. El libro comentado no es, ni aspira a serlo, una biografía. Más bien se presenta como una contribución a la historiografía editorial y filológica de la obra, del corpus legado por Antonin Artaud a partir de la correspondencia sostenida entre el poeta Luis Cardoza y Aragón y la doctora en medicina y editora Paule Thévenin, quien se consagró a la edición de los papeles de su admirado amigo y poeta, Artaud, con dedicación clínica, perseverancia y método no sólo editorial y literario sino terapéutico. Una terapia peculiar, pues su objeto es el cuerpo escrito. Surge de las páginas cosechadas por Bradu, y en particular de los escritos reunidos como testimonio por la doctora Paule Thévenin, la figura del editor como un embalsamador y la imagen de su oficio como un trabajo realizado para ser perdurable. No hay duda de que esa figura del editor como embalsamador es la que ha atraído a Fabienne Bradu hacia Paule Thévenin como protagonista de este epistolario. ■

Adolfo Castañón (México)

Escritor, poeta y traductor mexicano. Entre sus obras publicadas destacan: *La campana y el tiempo*, *Fuera del aire* y *El pabellón de la límpida soledad*. Ha traducido a J. J. Rousseau y a George Steiner, así como obras sobre Spinoza, Jorge Cuesta, entre otros.

Notas

- 1 Fabienne Bradu. *Artaud, todavía*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008, 196 p.
- 2 Florence de Mèredieu. *C'était Antonin Artaud*. París: Librairie Arthème Fayard, 2006, 1087 p.
- 3 Tomado por Alicia Reyes en *Revista Universidad de México*, N.º 497, junio de 1992, pp. 6-7. Debo el conocimiento de este texto a Alfonso Rangel Guerra.
- 4 Alusión directa de Alfonso Reyes al texto de Artaud *La danza del Tutuguri*, que se encuentra incluido en el libro de Antonin Artaud: *Pour en finir avec le jugement de Dieu*. “Tutuguri” es el rito del sol negro.



RT Ciudad,
100*100 cm,
1996